

## LA IGLESIA PEREGRINANTE, SU VOCACIÓN EN LA HISTORIA

La Iglesia es el pueblo mesiánico, el pueblo de la nueva y eterna alianza, convocado por Dios en la plenitud de los tiempos. El concilio Vaticano II recuerda esta verdad en estos términos:

Así como al pueblo de Israel, según la carne, *peregrinando por el desierto*, se le designa ya como Iglesia (cf. *2Esd* 13,1; *Nm* 20,4; *Dt* 23,1 ss), así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne (cf. *Hb* 13,14), también es designado como Iglesia de Cristo (cf. *Mt* 16,18), porque fue El quien la adquirió con su sangre (cf. *Hch* 20,28), la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social. Dios formó una congregación de quienes, creyendo, ven en Jesús al autor de la salvación y el principio de la unidad y de la paz, y la constituyó Iglesia a fin de que fuera para todos y cada uno *el sacramento visible de esta unidad salutífera*. Debiendo difundirse en todo el mundo, entra, por consiguiente, en la historia de la humanidad, si bien trasciende los tiempos y las fronteras de los pueblos. Caminando, pues, la Iglesia en medio de tentaciones y tribulaciones, se ve confortada con el poder de la gracia de Dios, que le ha sido prometida para que no desfallezca de la fidelidad perfecta por la debilidad de la carne, antes, al contrario, persevere como esposa digna de su Señor y, bajo la acción del Espíritu Santo, *no cese de renovarse hasta que por la cruz llegue a aquella luz que no conoce ocaso*. (LG 9)

La cabeza de este pueblo mesiánico es Cristo. «La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo». Su ley es la del mandamiento nuevo. Amarse mutuamente con el amor mismo de Cristo, revelado en el lavatorio de los pies, en la Pascua. El fin de este pueblo en el mundo es «dilatarse más y más el reino de Dios» hasta el final de los tiempos, sirviendo así la esperanza de la misma creación.

Y tiene en último lugar, como fin, el dilatar más y más el reino de Dios, incoado por el mismo Dios en la tierra, hasta que al final de los tiempos El mismo también lo consume, cuando se manifieste Cristo, vida nuestra (cf. *Col* 3,4), y «la misma criatura sea libertada de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de los hijos de Dios» (*Rm* 8,21). Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, *un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra* (cf. *Mt* 5,13-16). (LG 9)

La nueva alianza en la sangre del Hijo enviado en la carne y ungido con el Espíritu Santo, por otra parte, pone de manifiesto que fue voluntad de Dios salvarnos en un pueblo y no aisladamente. Un pueblo formado por judíos y gentiles.

En todo tiempo y en todo pueblo es grato a Dios quien le teme y practica la justicia (cf. *Hch* 10,35). Sin embargo, fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente. Por ello eligió al pueblo de Israel como pueblo suyo, pactó con él una alianza y le instruyó gradualmente, revelándose a Sí mismo y los designios de su voluntad a través de la historia de este pueblo, y santificándolo para Sí. *Pero todo esto sucedió como preparación y figura de la alianza nueva y perfecta*

*que había de pactarse en Cristo y de la revelación completa que había de hacerse por el mismo Verbo de Dios hecho carne.* «He aquí que llegará el tiempo, dice el Señor, y haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá... Pondré mi ley en sus entrañas y la escribiré en sus corazones, y seré Dios para ellos y ellos serán mi pueblo... Todos, desde el pequeño al mayor, me conocerán, dice el Señor» (Jr31,31-34). Ese pacto nuevo, a saber, el Nuevo Testamento en su sangre (cf. *1Cor* 11,25), **lo estableció Cristo convocando un pueblo de judíos y gentiles, que se unificara no según la carne, sino en el Espíritu, y constituyera el nuevo Pueblo de Dios.** Pues quienes creen en Cristo, renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo (cf. *IP* 1,23), no de la carne, sino del agua y del Espíritu Santo (cf. *Jn* 3,5-6), pasan, finalmente, a constituir «un linaje escogido, sacerdocio regio, nación santa, pueblo de adquisición..., que en un tiempo no era pueblo y ahora es pueblo de Dios» (*IP* 2, 9-10). (LG 9)

Así se entiende la afirmación que los padres conciliares hacen más adelante: «La Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación» de los que han recibido el Evangelio.

El sagrado Concilio fija su atención en primer lugar en los fieles católicos. Y enseña, fundado en la Sagrada Escritura y en la Tradición, **que esta Iglesia peregrinante es necesaria para la salvación.** El único Mediador y camino de salvación es Cristo, quien se hace presente a todos nosotros en su Cuerpo, que es la Iglesia. El mismo, al inculcar con palabras explícitas la necesidad de la fe y el bautismo (cf. *Mc* 16,16; *Jn* 3,5), confirmó al mismo tiempo la necesidad de la Iglesia, en la que los hombres entran por el bautismo como por una puerta. **Por lo cual no podrían salvarse aquellos hombres que, conociendo que la Iglesia católica fue instituida por Dios a través de Jesucristo como necesaria, sin embargo, se negasen a entrar o a perseverar en ella.** (LG 14)

La vocación universal a la santidad para los que forman parte de este pueblo mesiánico se presenta como consecuencia de estar y vivir en Cristo, de estar habitados por el Espíritu de santidad. Así se entiende que el pecado entristezca al Espíritu, como la carta a los efesios indica con claridad. El apóstol, en efecto, escribía a la comunidad: «No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final». (Ef 4, 30)

La comunidad eclesial, por tanto, debe cultivar la vocación a la que es llamada en su condición de pueblo mesiánico. La carta a los efesios insiste en esta perspectiva cuando afirma: «Así, pues, yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. **Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobrellevaos mutuamente con amor, esforzándoos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz.** Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo». Y la meta: «Hasta que llegemos todos a la unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud». (Ef 4, 1-7.13) El pueblo mesiánico es el cuerpo de Cristo, que va creciendo hasta su plenitud.

La segunda carta a Timoteo abunda en esta misma perspectiva, aun cuando lo haga con matices diferentes. El apóstol invita a reavivar el don de Dios, pues «Él nos salvó y nos llamó con una vocación santa, no por nuestras obras, sino según su designio y según la gracia que nos dio en Cristo Jesús desde antes de los siglos, la cual se ha manifestado ahora por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que destruyó la muerte e hizo brillar la vida y la

inmortalidad por medio del Evangelio». (2Tim 1, 9-10) Nuestra vocación es celeste. (cf. Heb 3, 1) Estamos llamados a trabajar para afianzar nuestra vocación y elección. (cf. 2P 1, 10) Cada uno ha de permanecer en la vocación en la que ha sido llamado.

La vocación tiene su origen en el que llama. El «Tú», por tanto, prevalece sobre el «yo» agraciado e invitado a responder. Cuando esto se olvida o ignora por la comunidad, la identidad y razón de ser de la Iglesia, y de los fieles cristianos en el mundo, se diluye y empobrece.

El Buen Pastor llama a sus ovejas por su nombre, las congrega en un solo rebaño y las conduce a la vida sin ocaso bajo su cayado. Así lo recuerda en el Evangelio según san Juan:

En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que salta por otra parte, ese es ladrón y bandido; pero el que entra por la puerta es pastor de las ovejas. A este le abre el guarda y las ovejas atienden a su voz, y él va llamando por el nombre a sus ovejas y las saca fuera. Cuando ha sacado todas las suyas camina delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz: a un extraño no lo seguirán, sino que huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños»... Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor. (Jn 10, 1-5.14-16)

Jesús encabeza la marcha de la Iglesia peregrina hacia el Padre, hacia el descanso sin ocaso. En efecto, la Iglesia, cuerpo de Cristo en la historia, está destinada a caminar como signo e instrumento del amor de Dios, como «sacramento universal de salvación». He aquí un texto en que se pone de relieve el carácter escatológico de la Iglesia, Pueblo de Dios.

Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos (cf. Jn 12, 32 gr.); habiendo resucitado de entre los muertos (Rom 6, 9), envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por El hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, **sacramento universal de salvación**; estando sentado a la derecha del Padre, actúa sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre. Así que la restauración prometida que esperamos, ya comenzó en Cristo, es impulsada con la misión del Espíritu Santo y por El continúa en la Iglesia, en la cual por la fe somos instruidos también acerca del sentido de nuestra vida temporal, mientras que con la esperanza de los bienes futuros llevamos a cabo la obra que el Padre nos encomendó en el mundo y labramos nuestra salvación (cf. Flp 2, 12).

La plenitud de los tiempos ha llegado, pues, a nosotros (cf. ICo 10, 11), y la renovación del mundo está irrevocablemente decretada y en cierta manera se anticipa realmente en este siglo, pues la Iglesia, ya aquí en la tierra, está adornada de verdadera santidad, aunque todavía imperfecta. Pero mientras no lleguen los cielos nuevos y la tierra nueva, donde mora la justicia (cf. 2P 3, 13), la Iglesia peregrina lleva en sus sacramentos e instituciones, pertenecientes a este tiempo, la imagen de este siglo que pasa, y ella misma vive entre las criaturas, que gimen con dolores de parto al presente en espera de la manifestación de los hijos de Dios (cf. Rom 8, 19-22). (LG 48)

En este marco maravilloso de la fe, conviene meditar qué implica realmente la vocación a la que está llamado el pueblo mesiánico, esto es, la Iglesia como pueblo sacerdotal, profético y real.

### ***1.- La vocación sacerdotal del pueblo mesiánico.***

Cristo Señor, Pontífice tomado de entre los hombres (cf. *Hb* 5,1-5), de su nuevo pueblo «hizo... un reino y sacerdotes para Dios, su Padre» (*Ap* 1,6; cf. 5,9-10). Los bautizados, en efecto, son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que, por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. *IP* 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. *Hch* 2,42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. *Rom* 12,1) y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf. *IP* 3,15). (LG 10)

La Iglesia de Dios (EKKLESIA, Q<sup>o</sup>HAL) es la asamblea convocada por Dios. La Iglesia primitiva tenía conciencia de ser escogida y convocada por el Señor como la realización definitiva del pueblo mesiánico, esto es, el Israel escatológico. Se había cumplido lo anunciado por Dios a Moisés; y se había cumplido de forma maravillosa e insospechada:

Moisés subió hacia Dios. El Señor lo llamó desde la montaña diciendo: «Así dirás a la casa de Jacob y esto anunciarás a los hijos de Israel: “Vosotros habéis visto lo que he hecho con los egipcios y cómo os he llevado sobre alas de águila y os he traído a mí. Ahora, pues, si de veras me obedecéis y guardáis mi alianza, seréis mi propiedad personal entre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra. Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa”. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel». (Ex 19, 3-6)

La comunidad de los convocados está llamada a proclamar las maravillas de Dios en la historia del mundo, a ofrecerle el verdadero culto en justicia y santidad a través de su ser y obrar en el mundo, a ofrecerse en y con Cristo en ofrenda agradable a Dios, (cf. *Ef* 5, 1-2) a dar razón de su esperanza, con sencillez y respeto, en medio de las vicisitudes de nuestras sociedades y culturas. El «canta y camina» de san Agustín sintetiza de forma sencilla y maravillosa la dinámica propia del pueblo peregrino de la esperanza que no defrauda. La carta de Pablo a los romanos habla del verdadero culto a Dios en estos términos:

Os exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios; este es vuestro culto espiritual. Y no os amoldéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto. (*Rom* 12, 1-2)

La asamblea eucarística, convocada y presidida por Cristo resucitado, está urgida a unirse a la ofrenda de amor, siempre actual, que él hace al Padre en el Espíritu, para la salvación de la humanidad. El *sacerdocio de Cristo es celeste y permanente*. En la tercera plegaria eucarística, pedimos al Padre: «Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia, y reconoce en ella la Víctima por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad, para que fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Que él nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos...». Y así por medio de Cristo, la comunidad eucarística junto el resto de lo creado puede convertirse en ofrenda permanente. La liturgia eucarística se halla místicamente unida a la liturgia celeste. De esta forma la eucaristía nos proyecta «hacia las realidades futuras, cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios». Y ella se convierte para nosotros, los que somos del Señor por la gracia bautismal en «prenda de tal esperanza y alimento para el camino». La esperanza se ha realizado ya en Cristo resucitado. La celebramos y atraídos por ella nos encaminamos como peregrinos de la esperanza.

En esta perspectiva, resulta gozoso recordar lo que Juan Pablo II, en su encíclica sobre la Eucaristía, escribía, sobre la dimensión escatológica del sacramento de la fe, del amor y la esperanza, teniendo presente lo enseñado por el concilio Vaticano II.

Una consecuencia significativa de la tensión escatológica propia de la Eucaristía es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un «cielo nuevo» y una «tierra nueva» (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien **estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente**. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

Anunciar la muerte del Señor « hasta que venga » (1Co 11, 26), comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística». Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: « ¡Ven, Señor Jesús! » (Ap 22, 20). (EdE 20)

El «reino sacerdotal» que es la Iglesia de Dios en el mundo, por tanto, está urgida a vivir en la dinámica del don de Dios. **En Cristo**, la Iglesia en cuanto es el cuerpo de Cristo en la historia, debe aprender a vivir como don de Dios en el mundo y para mundo. Es una exigencia intrínseca de su ser y actuar en el mundo. De otra forma se oscurece el sacerdocio de Cristo, mediador único de la nueva y eterna alianza. La conciencia de vivir de la gracia y de ser don de Dios, para los demás, dinamiza la marcha del pueblo peregrino de la esperanza.

El sacerdocio existencial de Jesucristo, expresión de su obediencia filial al Padre entre gritos y lágrimas y de un amor solidario con sus hermanos hasta el extremo, es la senda del verdadero sacerdocio real de su cuerpo que es la Iglesia. Esta debe expresar con su vida, obras y palabras lo que Jesús dijo a los discípulos que se disputaban los primeros puestos en el reino soñado por ellos: «Porque el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por la multitud». (Mc 10, 45) La Iglesia no puede servir al estilo de los grandes de este mundo, sino que debe hacerlo en el Espíritu de Cristo, como la comunidad de los hijos amados en el Unigénito.

## **2.- La vocación profética del pueblo de Dios.**

El Pueblo santo de Dios participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe y caridad y ofreciendo a Dios el sacrificio de alabanza, que es fruto de los labios que confiesan su nombre (cf. Hb 13.15). La totalidad de los fieles, que tienen la unción del Santo (cf. 1Jn 2,20 y 27), no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando «desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos» presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres. Con este sentido de la fe, que el Espíritu de verdad suscita y mantiene, el Pueblo de Dios se adhiere indefectiblemente «a la fe confiada de una vez para siempre a los santos» (Judas 3), penetra más profundamente en ella con juicio certero y le da más plena aplicación en la vida, guiado en todo por el sagrado Magisterio, sometándose al cual no acepta ya una palabra de hombres, sino la verdadera palabra de Dios (cf. 1Tes 2,13). (LG 12)

Falsos profetas son los que hablan en nombre propio, suplantando así a Dios. Y esto aun cuando su mensaje sea en apariencia muy razonable y acomodado a la cultura actual. Nunca debemos olvidarlo: el auténtico profeta se caracteriza por transmitir con fidelidad lo que ha escuchado, aun cuando no agrade al oyente. Así lo expresa con sencillez y precisión uno de los cánticos del Siervo.

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará? Mirad, todos se consumen como un vestido, los roe la polilla. (Is 50, 4-9)

Jesús, después de proclamarse la luz del mundo y de hablar del Padre que lo había enviado, lo que «los judíos» rechazaban, pues no acertaban a creer y entender, les dijo:

«Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que “Yo soy”, y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada». Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él. (Jn 8, 28-30)

A continuación el evangelista añade algo más sorprendente: muchos de los que habían creído en él lo abandonaron ante lo que Jesús acababa de afirmar.

Dijo Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si permanecéis en mi palabra, seréis de verdad discípulos míos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres». Le replicaron: «Somos linaje de Abrahán y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Seréis libres”?». Jesús les contestó: «En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es esclavo. El esclavo no se queda en la casa para siempre, el hijo se queda para siempre. Y si el Hijo os hace libres, seréis realmente libres. (Jn 8, 31-35)

La primera parte del evangelio según san Juan se cierra con este alegato del propio Jesús ante la cerrazón e incredulidad de tantos como lo habían admirado por sus palabras y obras.

Jesús gritó diciendo: «El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado. Y el que me ve a mí, ve al que me ha enviado. Yo he venido al mundo como luz, y así, el que cree en mí no quedará en tinieblas. Al que oiga mis palabras y no las cumpla, yo no lo juzgo, porque no he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo. El que me rechaza y no acepta mis palabras tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he pronunciado, esa lo juzgará en el último día. Porque yo no he hablado por cuenta mía; el Padre que me envió es quien me ha ordenado lo que he de decir y cómo he de hablar. Y sé que su mandato es vida eterna. Por tanto, lo que yo hablo, lo hablo como me ha encargado el Padre». (Jn 12, 44-50)

En esta misma perspectiva, el apóstol Pablo escribía, por su parte, a su gran colaborador Timoteo:

Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he

conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación. (2Tim 4, 1-8)

Los profetas de la alianza transmitían con fidelidad al pueblo lo que el Señor les comunicaba: «Esto dice el Señor». Jesús hacía lo que veía hacer al Padre. Era el verdadero contemplativo y oyente.

Los apóstoles comunicaban lo que habían visto y oído del Verbo de la vida (cf. 1Jn 1, 1-4). El Espíritu hablaba por los profetas. Habiendo recibido el Espíritu sin medida, Jesús proclamaba la verdad, que se hacía presente en su persona. Y los apóstoles, una vez que recibieron el Espíritu de la verdad, fueron conducidos a la verdad plena y sostenidos como testigos de la verdad. Con razón Pedro respondió ante el Sanedrín:

Pedro y Juan les replicaron diciendo: «¿Es justo ante Dios que os obedezcamos a vosotros más que a él? Juzgado vosotros. Por nuestra parte no podemos menos de contar lo que hemos visto y oído». (Hch 4, 19-20)

Pedro y los apóstoles replicaron: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. Dios lo ha exaltado con su diestra, haciéndolo jefe y salvador, para otorgar a Israel la conversión y el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que lo obedecen». (Hch 5, 29-32)

La Iglesia profética y apostólica está guiada también hoy por el Espíritu de la verdad, el auténtico testigo, para comunicar la verdad enseñada por el Verdadero a la humanidad. Él es el verdadero garante de la infalibilidad del pueblo peregrino guiado por los pastores que Dios le da. El Espíritu es quien garantiza el depósito de la fe, el garante de la verdad y novedad, que la Iglesia apostólica proclama, con su vida y palabra, en su peregrinar en la historia.

Una Iglesia profética y apostólica, por tanto, comienza en todo momento por la escucha y contemplación del Señor. El Evangelio que debe proclamar en las plazas públicas y las casas no es de origen humano, sino divino. Ella no inventa el mensaje. Y mientras camina hacia la verdad plena, debe estar dispuesta a ser **mártir de la verdad** que el Señor le ha confiado.

La verdad que hace libres, no obstante, puede ser rechazada. Jesús vino al mundo para dar testimonio de la verdad del amor del Padre por el mundo, pero se convirtió en signo de contradicción. Sello la verdad con su sangre. También el apóstol, como el profeta, ha sido enviado para dar testimonio a tiempo y destiempo de la verdad de Dios, la única que libera a los hombres y mujeres de todos los tiempos. Y a pesar de ser rechazados y perseguidos, los auténticos profetas y apóstoles, como el Hijo amado, permanecieron solidarios hasta el final del pueblo rebelde y de dura cerviz. Amaron la verdad y al pueblo hasta el don de la propia vida.

### ***3.- La vocación real de la Iglesia peregrina.***

Todos los hombres están llamados a formar parte del nuevo Pueblo de Dios. Por lo cual, este pueblo, sin dejar de ser uno y único, debe extenderse a todo el mundo y en todos los tiempos, para así cumplir el designio de la voluntad de Dios, quien en un principio creó una sola naturaleza humana, y a sus hijos, que estaban dispersos, determinó luego congregarlos (cf. Jn 11,52). Para esto envió Dios a su Hijo, a quien constituyó en heredero de todo (cf. Hb 1,2), para que sea Maestro, Rey y Sacerdote de todos, Cabeza del pueblo nuevo y universal de los hijos de Dios. Para esto, finalmente, envió Dios al Espíritu de su Hijo,

Señor y Vivificador, quien es para toda la Iglesia y para todos y cada uno de los creyentes el principio de asociación y unidad en la doctrina de los Apóstoles, en la mutua unión, en la fracción del pan y en las oraciones (cf. *Hch* 2,42 gr.).

Así, pues, el único Pueblo de Dios está presente en todas las razas de la tierra, pues de todas ellas reúne sus ciudadanos, y éstos lo son de un reino no terrestre, sino celestial. Todos los fieles dispersos por el orbe comunican con los demás en el Espíritu Santo, y así, «quien habita en Roma sabe que los de la India son miembros suyos». Y como el reino de Cristo no es de este mundo (cf. *Jn* 18,36), la Iglesia o el Pueblo de Dios, introduciendo este reino, no disminuye el bien temporal de ningún pueblo; antes, al contrario, fomenta y asume, y al asumirlas, las purifica, fortalece y eleva todas las capacidades y riquezas y costumbres de los pueblos en lo que tienen de bueno. Pues es muy consciente de que ella debe congregarse en unión de aquel Rey a quien han sido dadas en herencia todas las naciones (cf. *Sal* 2,8) y a cuya ciudad ellas traen sus dones y tributos (cf. *Sal* 71 [72], 10; *Is* 60,4-7; *Ap* 21,24). Este carácter de universalidad que distingue al Pueblo de Dios es un don del mismo Señor con el que la Iglesia católica tiende, eficaz y perpetuamente, a recapitular toda la humanidad, con todos sus bienes, bajo Cristo Cabeza, en la unidad de su Espíritu. (LG 13)

Liberados por Cristo para la libertad, los cristianos están llamados a caminar como los hijos del Rey del universo. Si vivimos por el Espíritu de la libertad y la verdad, los cristianos estamos llamados a caminar de acuerdo con la libertad filial (cf. *Gal* 5, 1-25). La carta a los Romanos lo expresa, haciendo hincapié en la esperanza que supone la libertad filial de los cristianos para la creación sometida a la frustración.

Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él. Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia. (*Rom* 8, 14-25)

La Iglesia es *el germen del reino de Dios* en el mundo como enseña el concilio Vaticano II (cf. LG 5). En la historia, sus miembros estamos llamados a caminar como discípulos y testigos de la verdad liberadora del Señor. No estamos ante una realeza al estilo del mundo, sino ante la realeza vivida por Jesucristo, el cual dio este testimonio ante Pilato: «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz». Antes había dicho: «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí». (*Jn* 18, 13-38)

La realeza, en la perspectiva bíblica, tiene como tarea garantizar la libertad de los pobres y oprimidos, trabajar por la paz, justicia y prosperidad del pueblo, propiciar el verdadero conocimiento de Dios, sin el cual ni la libertad ni la justicia ni la paz son realmente posibles. (cf. *Is*

8, 21-9, 1-6; 11, 1-16) Israel canta la realeza de Dios tras la liberación de la esclavitud de Egipto: «El Señor reina por siempre jamás». (Ex 15, 18) El anuncio del retorno del pueblo del exilio hecho por el profeta Ezequiel presenta a Dios como el verdadero pastor del pueblo de Israel. Él suscitará el nuevo David, que perpetuará su obra salvadora.

Porque esto dice el Señor Dios: «Yo mismo buscaré mi rebaño y lo cuidaré. Como cuida un pastor de su grey dispersa, así cuidaré yo de mi rebaño y lo libraré, sacándolo de los lugares por donde se había dispersado un día de oscuros nubarrones. Sacaré a mis ovejas de en medio de los pueblos, las reuniré de entre las naciones, las llevaré a su tierra, las apacentaré en los montes de Israel, en los valles y en todos los poblados del país. Las apacentaré en pastos escogidos, tendrán sus majadas en los montes más altos de Israel; se recostarán en pródigas dehesas y pacerán pingües pastos en los montes de Israel. Yo mismo apacentaré mis ovejas y las haré reposar —oráculo del Señor Dios—. Buscaré la oveja perdida, recogeré a la descarriada; vendaré a las heridas; fortaleceré a la enferma; pero a la que está fuerte y robusta la guardaré: la apacentaré con justicia».

En cuanto a vosotros, mi rebaño, esto dice el Señor Dios: «Yo voy a juzgar entre oveja y oveja, entre carnero y macho cabrío. ¿No os basta pacer en buenos pastos, sino que pisoteáis con las pezuñas el resto del pastizal? ¿No os basta beber el agua clara, sino que enturbáis el resto con las pezuñas? ¿Ha de pastar mi rebaño lo que vuestras pezuñas pisotearon, y beber lo que vuestras pezuñas enturbiaron? Por eso así les dice el Señor Dios: Yo mismo juzgaré entre la oveja robusta y la flaca. Habéis embestido con el flanco y el cuarto delantero, y corneado a las más débiles hasta dispersarlas y echarlas fuera. Pero yo defenderé mi rebaño y no será ya objeto de pillaje. Yo juzgaré entre oveja y oveja. Suscitaré un único pastor que las apaciente: mi siervo David; él las apacentará, él será su pastor. Yo, el Señor, seré su Dios, y mi siervo David, príncipe en medio de ellos. Yo, el Señor, he hablado. Estableceré con mi rebaño una alianza de paz: exterminaré los animales dañinos de la tierra para que pueda habitar seguro en el desierto y dormir en los bosques. De bosques y desiertos en torno a mi montaña haré una bendición. Enviaré la lluvia a su tiempo, lluvia de bendición. El árbol del campo dará su fruto, y la tierra su cosecha. Estarán seguros en su tierra, y reconocerán que yo soy el Señor, cuando rompa las coyundas de su yugo y los libre del poder de quienes lo esclavizan. No volverán a ser presa de las naciones, ni los devorarán las bestias salvajes; habitarán seguros, sin temores. Para ellos crecerán plantaciones renombradas: nunca más serán consumidos por el hambre en esta tierra, ni tendrán que soportar la burla de otros pueblos, y reconocerán que yo, el Señor, soy su Dios, y que ellos, la casa de Israel, son mi pueblo —oráculo del Señor Dios—. Vosotros sois mi rebaño, las ovejas que yo apaciento, y yo soy vuestro Dios —oráculo del Señor Dios—». (Ez 34, 11-31)

#### ***4.- La contribución del carisma de los Institutos seculares.***

El Sacrosanto Concilio ha enseñado ya en la Constitución que comienza "Lumen gentium", que la aspiración a la caridad perfecta por la práctica de los consejos evangélicos tiene su origen en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro y se presenta como preclaro signo del Reino de los cielos. (PC 1)

Los Institutos seculares, aunque no son Institutos religiosos, realizan en el siglo una verdadera y completa profesión de los consejos evangélicos, reconocida por la Iglesia. Esta profesión confiere una consagración a los hombres y a las mujeres, a los laicos y a los clérigos, que viven en el mundo. Por esta causa deben ellos procurar, ante todo, la dedicación total de sí mismos a Dios en caridad perfecta, y los Institutos mantengan su carácter propio y peculiar, es decir, secular, a fin de que puedan realizar con eficacia y en todas partes el apostolado en el mundo y como desde el mundo, para el que nacieron.

Sin embargo, han de saber bien estos Institutos que no podrán desempeñar tan grande misión si sus miembros no están formados de tal manera en el conocimiento de las cosas divinas y humanas, que sean, en realidad, en medio del mundo, fermento para robustecer e incrementar el Cuerpo de Cristo. Preocúpense seriamente los superiores de la instrucción, sobre todo espiritual, que ha de darse a sus miembros y de promover su formación ulterior. (PC 11)

Los miembros de los IS desarrollan su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Su carisma consiste, ante todo, en contribuir a cultivar y desarrollar el ser apostólico y secular de la Iglesia peregrina en la historia, con el fin «de recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra» según el designio de Dios Padre. Por esta razón han de vivir en la lógica y dinámica de la sacramentalidad, esto es, como un pequeño signo e instrumento, como una memoria profética que avive la conciencia del pueblo de Dios llamados a ser en Cristo «sacramento universal de salvación» en y para el mundo. Deben actuar con discreción, silencio y constancia, a modo de fermento en la masa; pero no se debe confundir discreción, silencio y constancia, como sucedió en algún momento del pasado, con un cierto ocultamiento. El signo siempre tiene algo de visible. En esta perspectiva, he aquí algunas llamadas a la conversión.

- Si queremos servir a la Iglesia y al mundo, como enseñan los textos conciliares que acabo de citar en último lugar, se nos pide a los IS formar a sus miembros en «las cosas divinas y humanas». Esto podrá hacerse de formas diferentes, pero se ha de hacer con seriedad. Forma parte del discernimiento y cultivo del carisma que hemos recibido como un tesoro. No basta una simple actitud de generosidad. La formación, como es sabido implica una gran inversión en todos los sentidos. Es la condición para bien servir de acuerdo con el carisma. Se trata de desarrollar el apostolado «en el mundo y como desde el mundo». De otra forma pronto se diluye el sentido y futuro de los IS.
- La vivencia de los consejos evangélicos en los IS debe contribuir a cultivar, tanto en la Iglesia como en la sociedad, el dinamismo propio de la vocación y misión de todo hombre y mujer, de acuerdo con su condición secular. No olvidemos el «carácter secular» de la Iglesia, como el Papa Francisco recordó a los IS. Todas las criaturas están llamadas a glorificar a su Creador. Pensemos en el sentido de una ecología integral, como recordó el Papa. En esta perspectiva es interesante releer un texto escrito por el Comité para el jubileo del año 2000:

Todas las criaturas, de hecho, no son más que el fruto de la llamada de Dios a la existencia, a fin de realizar la plena comunión con todos y, en ellos, también con su Creador. El hecho que el mundo tenga una *finalidad* presupone que entre los seres creados exista una criatura con su propia conciencia y libertad. Ahora bien, entre todas las criaturas, sólo el hombre es libre y por ello sólo él puede llegar a ser, en Cristo, a través de la fuerza del Espíritu Santo, el *mediador* para alcanzar la finalidad del mundo. El hombre es, por tanto, el sacerdote del cosmos, porque es el único capaz de llevar a Dios los seres creados a un encuentro personal con él, como respuesta consciente de lo creado a Aquel que con su Logos y su Espíritu lo sostiene. Toda la creación, a través del hombre, cumple así la finalidad de su existencia, por lo cual el hombre está en comunión misteriosa con Dios, no sólo porque él es el fruto libre y amoroso de su bondad, sino también porque tiene la vocación para responder con amor (libremente) a la palabra creadora de Dios dirigida a todo lo creado. Él, «hecho voz de toda criatura» llega a ser el sacerdote cósmico que alaba al Señor «por todas sus criaturas». (*El Espíritu del Señor*, tercera edición P. 47-48 )

En este horizonte, recordemos el cántico de las criaturas de san Francisco de Asís: «Laudato si, por toda criatura, mi Señor, y en especial loado por el hermano sol, que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor y lleva por los cielos noticia de su Autor». La perspectiva sacerdotal de nuestro carisma, por tanto, nos urge a trabajar en el mundo y como desde el mundo, para que se haga realidad «la finalidad de la creación», que hace posible, en última instancia, «la historia de la alianza entre Dios y el hombre, que en el acontecimiento pascual llega a su cumbre: el mundo encuentra su consistencia en Dios».

- Los IS, por otra parte, estamos llamados a ser testigos de un amor que se goza con la verdad. Un amor que busca, ante todo, contribuir a la plenitud de la persona, cuya vocación es la libertad del amor. El Señor nos creó en la libertad y para la libertad, a su imagen y semejanza. Él no está sometido al azar. Todo lo creó con amor y libertad. Y Cristo, enviado por el Padre, nos liberó para la libertad. Cristo, por otra parte vino al mundo como testigo de la verdad de Dios. Así puedo afirmar: «Yo soy el camino, la verdad y la vida». No puede ser del Señor el que miente. El ser testigos de la verdad supone vivir la totalidad de la palabra de Dios, evitando con decisión ser parciales en la lectura y vivencia de la Escritura. Es necesario hacer resonar la voz profética: «Esto dice el Señor». No hay recetas para ello, pero sí es importante interrogarnos cómo estamos siendo testigos de la verdad. San Pablo escribía a la comunidad de Corinto: El agapé, la caridad, el amor «no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad». (1Cor 13, 6) Quien no goza con la verdad debe interrogarse si su amor es auténtico.

En conclusión, los miembros de los IS debemos interrogarnos cómo vivimos «la secularidad consagrada», para colaborar en el advenimiento del reino de Dios, tal como la Iglesia debe hacerlo en cada momento de la historia. El concilio Vaticano II ve a la Iglesia como el germen del reino en la historia, que debe desarrollarse hasta «unirse con su Rey en la gloria».

El misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesús dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva, es decir, la llegada del reino de Dios prometido desde siglos en la Escritura: «Porque el tiempo está cumplido, y se acercó el reino de Dios» (*Mc* 1,15; cf. *Mt* 4,17). Ahora bien, este reino brilla ante los hombres en la palabra, en las obras y en la presencia de Cristo. La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo (cf. *Mc* 4,14): quienes la oyen con fidelidad y se agregan a la pequeña grey de Cristo (cf. *Lc* 12,32), éstos recibieron el reino; la semilla va después germinando poco a poco y crece hasta el tiempo de la siega (cf. *Mc* 4,26-29). Los milagros de Jesús, a su vez, confirman que el reino ya llegó a la tierra: «Si expulsó los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros» (*Lc* 11,20; cf. *Mt* 12,28). Pero, sobre todo, el reino se manifiesta en la persona misma de Cristo, Hijo de Dios e Hijo del hombre, quien vino «a servir y a dar su vida para la redención de muchos» (*Mc* 10,45).

Mas como Jesús, después de haber padecido muerte de cruz por los hombres, resucitó, se presentó por ello constituido en Señor, Cristo y Sacerdote para siempre (cf. *Hch* 2,36; *Hb* 5,6; 7,17-21) y derramó sobre sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre (cf. *Hch* 2,33). Por esto la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador y observando fielmente sus preceptos de caridad, humildad y abnegación, recibe la misión de anunciar el reino de Cristo y de Dios e instaurarlo en todos los pueblos, y constituye en la tierra el germen y el principio de ese reino. Y, mientras ella paulatinamente va creciendo, anhela simultáneamente el reino consumado y con todas sus fuerzas espera y ansia unirse con su Rey en la gloria. (LG 5)